

susceptibles de ser empleados para lograr una mejor comprensión de estas sociedades, independientemente del contexto histórico trabajado. Para los segundos, se trata sin dudas de una obra de ahora en más indispensable, pues ofrece un cuadro coherente e integral para pensar las sociedades de las zonas áridas del Levante meridional desde una óptica nueva y estimulante.

Bibliografía

- Evans-Pritchard, E. E. 1940: *The Nuer. A Description of the Modes of Livelihood and Political Institutions of a Nilotic Tribe*. Oxford.
- Khazanov, A. M. 1984: *Nomads and the Outside World*. Cambridge.
- Rosen, S. A. 1997: *Lithics after the Stone Age. A Handbook of Stone Tools from the Levant*, Walnut Creek CA.

Pablo Jaruf
Universidad de Buenos Aires

C. Sierra, *Grecia antes y después de Pericles. Modelos políticos e historiográficos*. Saarbrücken: Publicia, 2013 (281 pp.). ISBN: 978-3-6395-5332-1.

Este libro es una recopilación de artículos o capítulos publicados en varias revistas o libros, ellos versan sobre tres temas fundamentales, los modelos políticos, el individuo como modelo y medicina e historiografía, todos relacionados con los siglos V y IV aC. Es impresionante como alguien, sobre todo alguien de treinta años, tenga cosas interesantes que decir acerca de temas tan trillados.

El primer capítulo es una comparación entre Heródoto y Tucídides y Sierra define sus propósitos de la siguiente manera (p. 18):

Proponemos acercarnos a las líneas principales de cada autor para conocer su obra en profundidad y extraer el máximo conocimiento posible. Por tanto, proponemos una breve reflexión acerca de la obra de Heródoto y Tucídides según tres ejes básicos: el público al que se dirige la obra, la utilidad que se plantea de la historia y la forma de aproximarse a un hecho histórico.

Heródoto hacía lecturas públicas y sus digresiones se prestan a ello, hacía un contraste entre la cultura griega y las otras, sobre todo la persa, lo cual era útil para comprender el desarrollo y desenlace de las guerras médicas, y recurría a ejemplos edificantes.

Tucídides, por su parte, tenía la ambición de detectar la esencia del hombre en acciones extremas y le parece que la mayor hasta sus tiempos es precisamente la guerra del Peloponeso, por lo que su obra no es apta para lecturas en público, sino que se plantea como una posesión para siempre. En consecuencia, su obra está concebida para comprender la historia en su conjunto, incluso la futura. Su propósito principal no es edificar, sino explicar. Características todas que lo hicieron poderosamente atractivo en el siglo XIX.

Hay que estar de acuerdo con el autor de que para entender e interpretar las obras de estos dos historiadores es necesario tomar en cuenta los términos del pacto entre autor y lector que proponen, como con todos los autores, por lo demás.

En España es muy común hablar de la “pentecontecia” para referirse al periodo de cincuenta años definido, aunque no nombrado, por Tucídides en el primer libro de su historia y que se refiere al lapso ocurrido entre el fin de las guerras médicas (479) y el principio de la guerra del Peloponeso (431), pero no hay nada que diga *pentekontaetía* en griego, palabra de la que se calca pentecontecia, que no diga la castísima palabra cincuentenario y, además, fuera de los estudiosos de historia antigua nadie la entiende, razón por la cual, supongo, no ha sido incluida en el diccionario de la academia.

Todo ello no obsta para que el segundo capítulo del libro reseñado se intitule “La otra pentecontecia”.

Sierra señala el hecho de que Tucídides distinguió el cincuentenario para explicar la guerra como consecuencia del imperialismo ateniense que surgió y se desarrolló en esos cincuenta años y se propone analizar sobre todo el principio del periodo basándose en el testimonio de Heródoto, Aristóteles, Diodoro y Plutarco.

Tucídides afirma que la causa más verdadera de la guerra del Peloponeso consta de dos factores: la determinación de Atenas de reponerse del saqueo persa y la clarividencia de Temístocles y, según Sierra, esto no es “un verdadero ejercicio de reconstrucción histórica del período” (p. 39).

Señala este autor que, en contraste con Tucídides, tanto Heródoto (VIII.198.2-3 y IX.6) como Plutarco (*Arist.* 13.1) presentan un panorama de división social y de medismo al interior de Atenas.

Por su parte, en la *Constitución de Atenas* aristotélica (23.2 y 25) se consigna que, antes de la batalla de Salamina, el Areópago adquirió el predominio político y lo ejerció durante diecisiete años, es decir, hasta 462, cosa que contradice la versión tucididea que presupone un predominio democrático desde el final de la guerra.

Aduce de nuevo Sierra la misma obra (25) para analizar el fin del ascendiente areopágico a manos de Efiálfes que hizo una reforma por medio de

cual fueron atribuidas casi todas sus funciones entre el consejo de los quinientos, el pueblo y los tribunales.

Concluye el autor que esto divide el cincuentenario en dos partes (479-462 y 462-431) y que la interpretación de Tucídides debe matizarse y los historiadores deben concebir este periodo de manera menos determinista que Tucídides. Me parece que esta es una brillante propuesta de interpretación.

El tercer capítulo tiene como título “Asedio e insularidad en la Atenas de Pericles”. Explica Sierra que el hecho de que los atenienses se refugiaran en Salamina y Trecén mientras su ciudad era ocupada por los persas, debe haberles causado un gran trauma, cosa que explica la unanimidad de las corrientes políticas en la construcción de unos Muros Largos que unían El Pireo con Atenas y aislaba esta última ciudad del continente, cosa que hizo concebir a Pericles hacer la guerra contra Esparta con base en la superioridad naval ateniense como si su estado fuera una isla.

A continuación, Sierra analiza la expansión de la hegemonía marítima de Atenas que en diecisiete años realizó cuatro sitios, todos bajo el mando de Cimón, cosa que sirvió para dominar el Egeo septentrional. Luego, cuenta cómo Atenas reforzó su control del Golfo Sarónico a raíz de un cambio de alianzas de Megara, vecina occidental de Ática, que también fue aislada del continente mediante la construcción de muros largos que conectaron la ciudad con sus puertos. También el sitio de Potidea fue un avance hacia la insularidad, puesto que, una vez más, el asedio consistió en bloquearla por mar y rodearla de murallas para aislarla. Finalmente, al estallido de la Guerra del Peloponeso, Pericles convenció a los atenienses de que la población que vivía fuera de los Muros Largos se transfiriera tras ellos, lo cual causó hacinamiento y, eventualmente, una peste que asoló varios años a los atenienses, especialmente a los refugiados. Y sin embargo, Atenas fue capaz de enviar un contingente de cuatro mil soldados para sitiar de nuevo Potidea y que fracasó cuando la peste cundió también entre ellos y entre los propios sitiados.

La conclusión es que, sobre todo Pericles, desarrolló una estrategia de sustitución del combate hoplítico por los asedios y por la resistencia de Atenas asediada mientras que los atenienses atacaban a los espartanos y a sus aliados por la retaguardia.

El siguiente capítulo trata la Guerra del Peloponeso en el Epiro meridional. Comienza Sierra relatando cómo en el lapso de la mencionada guerra, hubo una guerra entre Ambracia, por una parte y Acarnania y Anfiloquia, por la otra. Al final de ella, se pactó un tratado por el cual se fijaba la neutralidad de los contratantes y una paz de cien años. Esto fue la consecuencia de una serie de maniobras por aparte de atenienses y espartanos que trataron de controlar el territorio y que llevó a la victoria de aquéllos.

Sierra contrasta esta situación con la derrota de Mitilene, que trató de salir de la Liga de Delos y no pudo obtener el apoyo de Esparta, por lo que, después de su derrota, fue colonizada por clerucos atenienses a quienes los lesbios debían pagarles un tributo.

El primer capítulo de la segunda parte tiene como título “Desde la lógica de Heródoto: Milcíades y el asedio de Paros”. Cuenta cómo el historiador halicarnasio refiere una expedición que, inmediatamente después de la batalla de Maratón emprendió Milcíades, sin dar explicaciones, contra la isla de Paros con setenta trirremes, con el pretexto de que los parios medizaron. Después de un sitio de veintiseis días, una asistente del templo de Deméter y Perséfone aconsejó al general ateniense que entrara al templo de Deméter y realizara ciertos ritos, cosa que el ateniense hizo, pero al salir fue presa de pánico y se cayó produciéndose una herida en la pierna, que lo inclinó a levantar el asedio y poco después murió a resultas de la lesión. Sierra compara la actitud arrogante de Milcíades con los de otros personajes de las *Historias* y argumenta que se trata de un caso más de arrogancia y que el valor histórico del relato es bajo (VI. 132-6). ¿Pero podía Heródoto construir un episodio como éste de la nada?

El capítulo siguiente es una comparación entre las descripciones históricas de Jerjes, Leónidas y Temístocles.

Con brillantez, Sierra expone la afinidad entre la historia herodotea y la épica al contar como, tanto Jerjes en las *Historias* como Agamemnon, en la *Ilíada* reciben mensajes divinos en sus sueños, el primero para que invada Grecia y el segundo para que ataque Troya sin el concurso de Aquiles, ambas decisiones insensatas.

También Leónidas alcanza gloria épica al resistir a los persas en las Termópilas a pesar de que sabía que no tenía salvación, sobre todo porque el rey espartano sabía de un oráculo que había vaticinado la victoria griega si moría uno de los dos reyes espartanos. Su actitud se contrastaba con la de Jerjes que, al encontrar su cadáver lo ordenó mutilar.

En cambio, Temístocles es paragonable a Odiseo pero Heródoto le critica actitudes tiránicas después de la batalla de Salamina y una vez que Atenas hubo alcanzado la hegemonía.

Tucídides, por su parte sólo tuvo elogios para Temístocles, cosa que garantizó su buena fama en la posteridad.

Se puede decir que Heródoto explicó la inexplicable victoria de los griegos por el carácter arrogante de los reyes persas.

El siguiente capítulo trata la presencia de Temístocles en Naxos. Tucídides dice que en su huida de Atenas a Persia, el ostracizado político ateniense pasó por Naxos, entonces sitiada por los atenienses y llegó a la corte de Artajerjes I, mientras que Diodoro omite cualquier mención de la isla cicládica y afirma que

el héroe de Salamina llegó a la corte de Jerjes. Plutarco menciona a toda una serie de historiadores que siguieron una u otra versión.

Sierra propone que la presencia de Temístocles en la sitiada Naxos es un símbolo político y señala que, mientras que, mientras que Heródoto lo presenta como un ambicioso sin límites, Tucídides lo considera un estadista visionario.

Tucídides no explicó la causa del asedio de Naxos y su sumisión, pero lo ve como el punto de inflexión de Atenas que, de campeón panhelénico, empezó a construir su hegemonía sobre los aliados. Sierra concluye que el paso de Temístocles por Naxos es una metáfora de esa transformación y tal vez no ocurrió.

El último y más largo capítulo de la segunda parte aborda los traidores griegos: Hiplas, Demarato, Temístocles, Pausanias y Alcibíades de quienes se afirma que medizaron y murieron en la corte del rey persa, pero ese no fue el caso de los dos últimos pues el espartano murió en su patria sin habersele demostrado la acusación y el último murió en Frigia.

Hiplas, según Heródoto, era un tirano cuyo gobierno convenía a Esparta porque mantenía débil a Atenas, pero Tucídides lo vio como un gobernante benévolo cuya familia respetaba las leyes, pero se reservaba alguna magistratura. Después de su derrocamiento se exilió en la corte de persa y participó en la expedición contra Maratón, hecho muy mal visto por el de Halicarnasio, pero no por el historiador ateniense.

Demarato fue un Euripóntida expulsado del trono por el Agiada Cleómenes I, al principio siguió en Esparta pero los maltratos lo hicieron exiliarse en la corte persa, Heródoto no ve un traidor en él, pero Jenofonte sí. Con todo, la información es insuficiente para incluirlo.

A continuación, Sierra repite mucha de la información dada por él mismo en el capítulo anterior sobre Temístocles y lo compara con Pausanias. Este general fue acusado de traición por una carta al rey Jerjes que presentó un servidor suyo, a decir de Tucídides (I.128.7), pero nuestro autor no advierte que si la carta se conservaba no podía haber sido enviada y, al contrario, en caso de mandarla la tendría el rey y no el general espartano. Tucídides no dice que era una copia y, por lo tanto, este caso de traición también es dudoso.

El caso de Alcibíades es el más complicado. Su política es controvertida, pero es claro que su primera traición fue huir a Esparta cuando los tribunales atenienses lo citaron, apartándolo de Sicilia. Posteriormente, ni Alcibíades ni Tucídides explican cómo se descubrió una supuesta conspiración contra él de parte de los espartanos, que impulsó al político ateniense a una nueva desertión a favor del sátrapa Tisafernes. Sierra lo ve como un egoísta.

Al final, parece que la traición es más un tópico literario de los historiadores que un fenómeno social objetivo.

En el primer capítulo de la tercera parte de su libro, Sierra sostiene que no había unanimidad entre los autores griegos acerca de la oposición entre griegos y bárbaros, aunque pensaban que el modo de vida influía en la salud. Todo indica que Heródoto estaba mucho más abierto a juzgar positivamente a los bárbaros, que un siglo después Jenofonte y Aristóteles.

En el siguiente capítulo, Sierra se ocupa de la peste en Atenas y observa que para los griegos era natural incluir su relato porque era parte de la investigación, aunque Tucídides evade usar la palabra historia. Además, él justifica esa inclusión planteando que esa enfermedad puede volver a ocurrir y su narración es muy semejante a la de los conflictos socio-políticos en Corcira.

Ricardo Martínez Lacy
 Universidad Nacional Autónoma de México

F. Bermejo Rubio, *La invención de Jesús de Nazaret. Historia, ficción, historiografía*. Madrid: Siglo XXI, 2018 (796 pp.). ISBN: 978-84-323-1920-4.

Esta monumental *La invención de Jesús de Nazaret* es una de aquellas obras que determinan la carrera de un autor. La relevancia del tema abordado, el rigor metodológico, la riqueza de argumentos e interpretaciones, la brillantez en la exposición y, también, el éxito editorial cosechado (el libro ya va por la tercera edición y se prevé su traducción al inglés) son elementos que definen la obra y suponen un hito en la carrera de Fernando Bermejo. El trabajo está escrito con un tono comprometido, que no elude la polémica ni el análisis de los elementos más controvertidos relacionados con la figura de Jesús. En un mundo, el académico, a menudo dominado por calculadas ambigüedades que sirven a una no siempre deseable voluntad de corrección política, se agradece especialmente el estilo honesto y sincero de Bermejo.

Es cierto que la investigación sobre la figura histórica de Jesús ha dado lugar a miles y miles de páginas en forma de monografías y artículos científicos. Por lo tanto, es comprensible que la reacción primera ante un trabajo de estas características esté dominada por un cierto escepticismo: ¿es realmente posible aportar alguna novedad al estudio del tema (sobre todo teniendo en cuenta que desde hace ya mucho tiempo no existen nuevas fuentes primarias que respalden nuevas aproximaciones)? Pero lo cierto es que Bermejo, al inicio de la obra, justifica de manera convincente la necesidad de su investigación. Y es que, a pesar de todos los estudios publicados sobre el Jesús histórico, persiste la tendencia a escribir historias esencialmente teológicas, mitificadoras y mistificadoras del personaje. Frente a esa práctica, a menudo apologética,